

Año II.

22 Junio, 1890.

Núm.º 29.

Valencia Cómica.

Lit. V.ª Ismael Haase. Guillem de Castro, 50. Val.ª



15 Céntimos.



ISAAC PERAL



La verdad que somos descontentadizos. Siempre clamando contra todo y murmurando del pobre prójimo, que por sus propios méritos, se hace digno de una distinción cualquiera.

Debiéramos estar satisfechos y aún nos burlamos en vez de batir palmas porque nuestros paisanos se elevan sobre nosotros y honran á Valencia, aún los miramos con un cierto desprecio protector como si ellos, los distinguidos, no supieran lo que se hacen, y nosotros, los postergados, estuviéramos muy por encima de eso que llamamos miserias.

Y no hay duda, que ese descontento es aparente y oculta allá en el fondo su poco de envidia rencorosa, de esa envidia que se rie y luego hiere por la espalda. Sí, sí, somos envidiosos.

—Porqué, vamos á ver. ¿qué nos importaba á nosotros que á Salas Quiroga le dieran ó no los honores de Jefe de Administración, ni que él se metiera en su uniforme, si el pobre no se metía con nosotros?

—Nada absolutamente.

—¿Ni qué nos importa lo que pudiera costarle el uniforme?

—Eso le importaría á él.

—¿Y qué tiene que ver que á Sanchis Pertegás le hayan nombrado Camarero secreto de capa y espada de Su Santidad?

—Hombre, sí, tendrá que ver, porque acá no conocemos esos cargos.

—Pero no tiene que ver.

—Vuelta: si el traje de Camarero es bonito, insisto en que tendrá que ver, y mucho.

—Pero los tiempos de capa y espada ya pasaron á mejor vida, y ese traje que V. dice, como indica el nombre de *secreto* que tiene el cargo, será un traje para ir por casa.

—Eso; los camareros secretos usarán zapatillas.

—¿Porqué?

—Porque las botas nuevas se estropean por dentro de casa.

—Nada, lo dicho, que la envidia se nos come: que nos dieran á todos una ganga de esas y allá veríamos.

—Aún faltaría algo.

—¿Y qué es ello?

—Un pañuelo para limpiar la cara de los transeúntes. Como escupirismos por el colmillo, no habría Dios que se pusiera por delante.

Esa Academia de Ciencias morales y políticas es insaciable.

Ahora ha ingresado en ella un D. José Salamero, conocido escritor católico.

Cero y van dos.

«El *recipiendario* ha leído un discurso reglamentario acerca del tema: *la crisis religiosa, causa principalísima de la crisis social, tiene en el catolicismo su remedio más eficaz.*»

Ha *presentado*, para demostrar esta tesis, abundantes citas de los Santos Padres y de los Padres Santos. Y todos los oyentes quedaron convencidos.

D. Alejandro Pidal y Mon le ha contestado con otro discurso no propio de él, sino de D. Vicente de la Fuente. Y aunque este señor no creo que sea andaluz, ya se lo que pueda haberle dicho:

—¡Salamero!

¡Ah! «El acto estuvo concurrido y los lectores *fueron aplaudidos.*»

Ahora resulta que allá en Madrid se preocupan extraordinariamente por no sé que matute, en que interviene yo no sé que *Huevero*.

Y hablan con este motivo del Ayuntamiento, que no hay por donde cogerlo.

Y al pobre Mellado, que apenas si tiene que ver en este asunto, resulta que me lo ponen de patitas en el *llo* y ¡adiós Madrid!

A Mellado debe de haberle hecho *mella* todo esto.

Yo, como aún no me enterado bien de este asunto y no sé si tendrá mucha trascendencia, no quiero meterme donde no *me-lla* man.

Ya habrán Vdes. leído en los periódicos la multitud de telegramas que á Peral se dirigen *riamente*.

Esto prueba el entusiasmo que reina en toda España.

Lo malo del caso es que en tanto el ilustre marino saborea con delicia esas muestras de cariño que refrescan el alma,

los vates sin medida fraguan largas tiradas de versos con ripios y alabanzas.

Y no crean Vdes.: los versos son variados lo mismo que los programas de festejos. Unos (vates, no festejos) maquinan acrósticos rebosando amor patrio, otros cometen endecasílabos rabiosos, y, lo que es peor, suelen salir *descosidos*, porque cada una va por su parte; aquéllos nos vienen con romances; los de acá *componen* cuartetos, que luego resultan sin *compostura* posible. ¿No habrá quien *componga* á esos poetas?

Y es que nunca la gloria, por grande que ella sea, ha de resultar completa en absoluto.

¿No serán bastantes los desvelos y los afanes del insigne inventor del *submarino* que aún se le escatiman satisfacciones? ¿O es que después del maravilloso resultado de las *pruebas* quieran *ponerle á prueba* la paciencia nuestros panegiristas más *versados*?

Y basta por hoy. No quiero hablar á Vdes. del cólera, porque sobrada matracan nos dan los periódicos diarios con este dicho tema. Además, el asunto es serio, muy serio, y por tanto, nada propio para mis crónicas. Y sobre todo, nada se puede decir todavía de ello, porque cada opinión va por su parte. Al lado de los más pesimistas, mejor, de los más miedosos, que ya toman precauciones infinitas, están los valientes que nada temen y de nada se guardan.

—Hay que usar los desinfectantes, hay que beber el agua hervida, hay que privarse de las frutas.

—Es cosa puramente local, nada temamos, son inútiles, por ahora, los lazaretos. Adelante con los faroles, que todo ello es alarma sin fundamento.

Valiéndonos de un *término* de actualidad, pondremos *término* á estas líneas, diciendo que ambas opiniones hay que ponerlas *en cuarentena*.

Porque nada sabemos todavía.

R. Borrell.



ACCIONES DE GUERRA

I

—¡Vaya! ¡Vaya! Mi tía
Nada sabe de amor ni poesía;
Y en su faz agrietada y en el ceño
Que desde ayer me pone, he comprendido
Que adivina los lances de ese sueño
Casi disparatado que he tenido.
Siento causarla enojos;
Pero, á pesar de mi constante empeño,
Se asoman las ideas á mis ojos.
Y ella, que es algo ducha en estas cosas,
Con mirarme á hurtadillas,
Conoce esas quimeras deliciosas
Que llegan por la noche á pesadillas.
Bueno...; que se conforme...
O que apele al demonio!...
¿Tengo acaso la culpa de que Antonio
Parezca casi un Dios... con uniforme?...
Gallardo, noble y militar...? ¿No es nada?
Y valiente además, como es valiente
El que adora una enseña y una espada
Y al ruido del cañón alza la frente...
Con esa valentía
A la que nada altera,
Y que llama á la novia en la agonía
Y da un beso de amor á la bandera!

II

—¿Que tenga más cuidado,
Pues todo militar es un taimado
Para el que la pasión es un capricho
Que se trueca por otro en sólo un día?—
¡Vaya! ¡Vaya!... Lo dicho...
¿Es más tonta mi tía!...
¿Que raya mi conducta en devaneo,
Y que en el otro mundo
Hay un pozo de fuego, el más profundo,
Donde mete el demonio el mal deseo?
Es muy dura la pena, si hay tal pena,
Pero no necesito
Que me enseñe á ser buena,
Pues cuando quiero yo... ¡ni el pan bendito!

III

—¡Qué vergüenza!... ¡Dios Santo!... ¡qué vergüenza!
¿Con qué gesto de furia me ha enseñado
Un trozo de galón que se ha encontrado
Al tiempo de peñarme entre mi trenza!
Galón que él ha ganado
A fuerza de valor y de osadía...
¡Mas lo que es mi campaña con la tía,
Merece un entorchado!

Luis de Ansorena.

ELLAS

Dolores,



Pepita,



y Bibiana,



Pulqueria



Muchachas de viso,
Sensibles y guapas,
Según las noticias
Muy pronto se casan:

Y ELLOS

Con Paco del Ciervo,

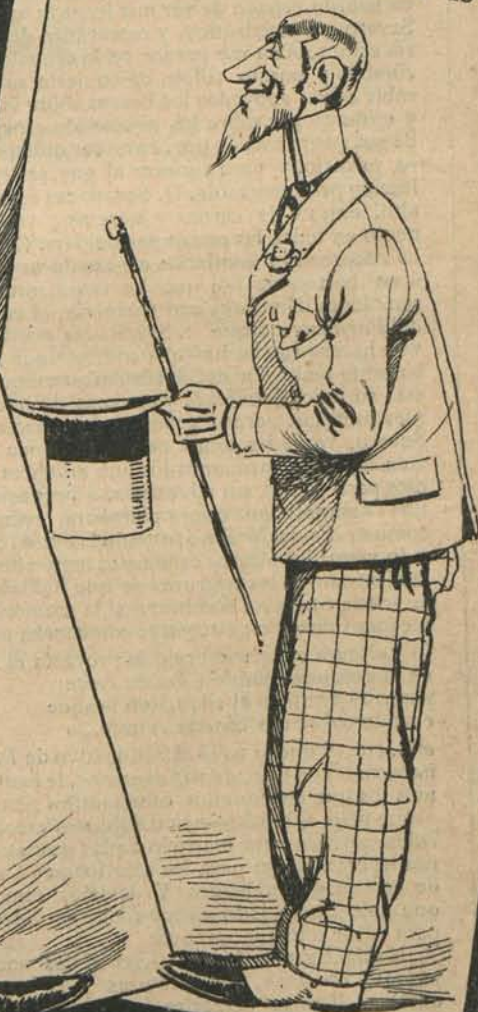


Perico Pastrana,



y Juan de Teclada,

Cornelio Gimborio



Chicos elegantes
De la aristocracia.

Don Severo

AL AMIGO DAVID PARDO Y GIL

La verdad es que no nos llegaba la camisa al cuerpo.

Y ello tenía su razón de ser: era natural.

Por lo demás, era D. Severo hombre de pocos ó ningunos miramientos adusto, invariable en sus determinaciones y en cuanto le daba por la tema, no había quien lo apeara de su burro. Y la tema era suspender á todo *quisque* que no acertara á contestar en qué tercio de siglo nació Mahoma ó en qué época se usaron los chambergos, pongo por caso.

No valían recomendaciones, ni influencias, ni tarjetas; lo mismo suspendía á Juan Lanas que al archipreste Juan de las Indias, porque ya habrán echado de ver mis lectores que don Severo era catedrático, y catedrático de Historia crítica. Aún me parece verlo sentado en el cómodo y amplio sillón, descubierta su venerable calva, apoyados los brazos sobre la mesa y mirando por sobre los ahumados espejuelos de sus antiparras de oro, para ver quien armaba jolgorio, y para conocer al que se traía la lección peor estudiada. D. Severo era sesentón, alto, enjuto de carnes y nervioso: vestía de negro en todas las estaciones del año. Caminaba encorvado y confiando el peso de su cuerpo á un bastón de boj que los estudiantes más remolones llamaban, con truanería, el *cayado del Parnaso*; porque D. Severo era poeta, y si vale hacer justicia, hay que confesar que lo era bastante malo. Ya decía, sin embargo, que era esta su única debilidad, y era cosa de creerle á pies juntillas, porque generalmente, decía don Severo, verdades como puños. ¡Menuda chacota la que le armamos los que entonces íbamos para poetas, sin advertirlo, á propósito de una composición que publicó no recuerdo cómo ni dónde! Y él no se tenía la culpa, como si lo viera; los pícaros espejuelos fueron los que le hicieron ver las negruras de que hablaba en la poesía titulada «Sombras», si la memoria no me juega una trastada, y que comenzaba así:

(1) «Negra es la sombra que proyecta el lirio en la verdosa alfombra donde crece; negro es también el silencioso bosque cuando cubren la bóveda celeste...»

etc, etc., y que le valió el calificativo de *Poeta nocturno*, con que, *gratis et amore*, le bautizamos los que en aquellos estudiantiles tiempos — que diría Cánovas — nos dejábamos crecer la coleta poética para martirio de las gentes que nos leyeran luego; para los que íbamos á caza de consonantes rebeldes. Y dejemos esto, ya que dejo bosquejado el perfil de D. Severo, para pasar á lo que importa.

Había llegado Junio y con él las noches pasadas en claro, las apreturas y la incertidumbre. Tantas perrerías había tenido que

aguantar D. Severo, que no fuera extraño, como dijo, suspendiera media clase, dejando la otra media para Septiembre. El último día de clase nos espetó un discurso que nos dejó patitiosos; estaba hecho una furia; parecía el Dios de las venganzas. Entre las muchas parraladas que soltó, recuerdo una que venía á ser la síntesis del discurso: «Ustedes han hecho, durante el curso, lo que mejor les ha parecido; bien, muy bien; perfectamente; ustedes se han entregado á toda suerte de diversiones y algarazas..., no está mal...; ustedes no han estudiado, ustedes no pensaban en que debían examinarse... en fin, ustedes, señores, creyeron que todo sería bromear..., no tal, no tal... ¡ya nos veremos después; yo no aguento perrieras..., yo tomaré la revancha; yo les haré ver claro, yo les diré..., yo les haré...,» y esto y lo otro; amenazando los intermedios una lluvia de puñetazos que, por lo recios, parecían ser, mejor de un robusto mozo de cordel que del sesentón D. Severo. Y era riguroso, no cabía duda; esta era la fama que trajo consigo de Valladolid, de donde procedía. Era el primer año que examinaba en nuestra Universidad y su estreno sería sonado. Pasamos las de Caín; andábamos mohinos y cariacontecidos, esperando la solución, para ver en qué paraba todo aquello.

Por fin, llegó el día de los exámenes: era yo el tercero por orden de matrícula. Siguiendo la costumbre, que dicen tenía, solo entraban en la sala del tribunal el que debía examinarse y el que le sucedía. Entré, firmé, nada oí de cuanto dijo mi compañero: los catedráticos callaban; D. Severo miraba por sobre los espejuelos y preguntaba alguna que otra vez — ¿Recuerda V. de qué murió Enrique de Trastámara? ... ¿No lo recuerda? Pues pase á otra pregunta.

Y azorado mi compañero, leía y revolvió el programa como si pudiera éste sacarlo del aprieto. Algo dijo, pero de un modo vago, incoherente, sin hilación.

—Bueno, basta, puede V. retirarse.

Y me tocó el turno. Esa es la negra ¡Por vida de...! Se me cayeron el programa y los lentes; tropecé con mi pobre compañero, á quien de fijo suspendería: por fin D. Severo se dirigió á mí.

—Saque V. tres bolas... Bien. Siéntese V. Lecciones... —No sé cuales dijo, no lo recuerdo: lo que sí sé es que tuve que hablar de Alfonso el Sabio, y de las guerras de sucesión y de la paz de Aquisgrán. D. Severo no me miraba; tenía la vista fija en uno de los florones del techo. A lo mejor interrumpía mirándome.

—¿Dice V.?

Pues no se lo que me decía. Hablé mucho, sin parar, floreando el discurso y haciendo calendarios de cuanto encontraba en las preguntas. Acabé, me miró y dijo:

—Ya puede V. retirarse.... A ver, V. saque tres bolas.

(1) Histórico.

Y ésto al compañero que me seguía.

Se examinaron todos: todos, según cada uno de por sí, suspenso ó poco menos merecían: yo el que más. Vino el bedel con las notas. Silencio sepulcral. En resumen: cinco suspensos, la mar de buenos, algunos notables y algún que otro sobresaliente, yo entre ellos.

Un *ah* indefinible se nos escapó del pecho; risas, alborozos, vivas á D. Severo, y éste, que salía del tribunal, dirigióse con las lágrimas en los ojos á los cinco suspensos, diciéndoles:

—Hijos míos, no pude hacer más. Me he peleado con los catedráticos... Por Septiem-

bre os aprobaré á poco que estudiéis—y pasó por entre nosotros, encorvado como siempre, mirando por entre los espejuelos y llevando consigo nuestras sinceras bendiciones. El buen señor estaba emocionado. ¡Pobre vejete!

Por esto, cuando alguna vez me ponderan la rigurosidad de algún catedrático, lo primero que se me ocurre es compararlo; y si resulta viejo como D. Severo, ó cortado al menos por el mismo patrón, me sonrio y menosprecio el dictamen, diciendo para mi capote:

«No es tan fiero el león como le pintan.»

Pedro Juan Lloret.



S A E T A S

I

En todo matrimonio es ley constante
Que de los dos consortes
Pierda su iniciativa el más amante.

II

Allí donde ví un hombre lisonjero,
O me pidió favores ó dinero.

III

¿Yo malos sentimientos?... No lo creas.
Te digo cómo soy y no me entiendes
De tan claro que expreso mis ideas.

IV

Suave aroma y bien sano echa el tomillo.
Y eso que es bien humilde y bien sencillo.

V

El hombre fía al tiempo su ventura.
Esperando con ansia lo futuro;

Y el tiempo vuela y con su trato duro
Empujándole va á la sepultura.

VI

Llorando vive el que se ve perdido
De tanto que en el mundo se ha reído.

VII

Se dice:—Hábleme usted sinceramente,—
Cuando pedimos á otro algún consejo...
Y se tacha al *leal* de impertinente.

VIII

Labra su propia ruina
Quien se entrega al amor con toda su alma
Y á su influjo el cerebro subordina.

IX

¿Se queja y no hace cama y es mujer?...
Es que no tiene ganas de coser.

Fray Velón.



LA CUCHARA MISTERIOSA

CAPÍTULO VI

Nueva pista

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!

—¿Quién es?

—Servidora de V.

—¿Vive aquí D. Luis Tramoyeres?
—Aquí vive.
—¿Está en casa?
—Sí señora. ¿Qué se le ofrece?
—Entregarle esta carta. Tiene contestación.
—Está bien. Pase V., tome asiento y espere un instante.
—Mucho lo agradezco, si señora. Estoy cansadísima y hace un calor sofocante.
La anterior escena pasó en el recibidor de mi casa, como sin duda alguna lo habrán com-



Voy á tirarme al Océano.



—¡Aprieta!—¿Aun quies mas, despues de haberme venido contigo?



—¡Oye!
—¿Qué?
—Esto..
—Ah!!!



—¿Sabes tu lo que es el virgula?
—Mia tu que ties unas cosas ..



—¿Y que tal? ..
—Pues vino el otro, y nada. Ya lo sabía él hace días.

LEGUA

prendido los pacientísimos lectores de este capítulo.

Cuando la criada entró en mi despacho, estaba yo leyendo el capítulo último de *La Cuchara misteriosa*, firmado por mi amigo el simpático cronista de Valencia, Félix Pizcueta, y me preparaba para continuar la verídica historia de esta portentosa aventura, utilizando las notas que habíame facilitado Jacinto Labaila, quien parece habíalas recibido de persona digna de toda fe.

—Señorito, me dijo—una joven que espera en el recibidor trae esta carta para V. Aguárdate contestación.

Rompí el sobre y leí lo siguiente:

«Amigo Luis: Te presento á Emilia, una joven que me sirve de modelo, y si no está falta de algún tornillo, creo que conoce la legítima historia de *La Cuchara misteriosa*. Dice que ella es la verdadera tía Javiere. Tal vez te será útil. Puedo asegurarte que es una perla como modelo. Tu amigo

Paco.»

Este Paco es uno de nuestros primeros pintores y el más formalote del gremio, así es que comprendí no se trataba de una broma de estudio, muy frecuentes entre los de la clase.

—Que pase—dije á Manuela.

Emilia es una joven garbosa, morena, ojos grandes, boca provocativa y abultada de carnes delanteras.

Puedo asegurar, sin temor á réplica, que Emilia es lo que se llama una buena moza, dando al vocablo su mayor significado.

Le ofrecí asiento, que aceptó sin remilgos y con señaladas pruebas de no ser extranjera al trato de gentes.

—Probablemente me conocerá V.—me dijo antes de que yo, vuelto de mi asombro, pudiese interrogarla.

—No recuerdo, contesté, pero creo no ser esta la primera vez que contemplo su cara, muy bonita por cierto.

—Muchas gracias, pero no vengo por flores.

—¡Flores! Es poca cosa; V. merece un jardín completo...

—Perdone V., D. Luis. En otra ocasión aceptaría esas frases de pura galantería; conozco por desgracia á los hombres y por lo mismo deseo que V. me oiga con atención ¡Soy muy desgraciada!

—Veamos que le pasa á V., hable, no tenga empacho, Paco ya me ha dicho algo.... y si yo puedo serle útil, crea tendrá especial gusto en complacerla. En fin, Emilia, vamos al grano ¿Qué se ofrece á V.?

—No hay grano, no señor. Se trata únicamente de *La Cuchara misteriosa*.

—Entonces, exclamé, es cierto lo que me dice Paco en su carta!

—Muy cierto, si señor Yo conozco la verdadera historia de eso que unos han dado en llamar cuchara y otros cavera de abanico, sin acertar unos y otros. ¡Cuán lejos de la verdad están todos Vds.!

—Vamos despacio, Emilia. Lo que usted acaba de manifestarme es muy grave, gravísimo Dice V. que conoce la verdadera historia de *La Cuchara misteriosa*, y que no hay tal adminículo, ni tampoco ese supuesto abanico, o *ti-co-lu*, como le llaman los japoneses.

—Así es la verdad Si V. me presta su atención hablaré hasta que me oigan los sordos.

—Perfectamente, soy todo oídos.

—Bien puede V. abrirlos de par en par, pues tengo que comunicarle cosas estupendas, maravillosas.

Emilia se recogió en la butaca, dejó al descubierto dos pies microscópicos, capaces de volver loco al mismísimo Dr. Bartual, y habló de esta suerte:

—Yo, como he dicho á V., me llamo Emilia. Muy joven aún, casi una niña, perdí á mis padres, los cuales murieron arruinados por el usurero D. Quintín Estirado. Recogíome éste, é hizome pasar por sobrina suya, pero llevándose otras miras, según diré á V. cuando llegue al punto más desastroso de mi historia.

Al citar el nombre de D. Quintín comprenderá V. que estoy enterada de la historia, novela, cuento, ó como V. quiera, de la mal llamada cuchara ¡Así no lo estuviese tanto! Todas mis desventuras, desastres y disgustos, que no son un grano de anís, proceden de esa desdichadísima historia, en la cual figuro como principal protagonista.

Por eso al leer la sarta de embustes, pues no otro nombre merece, con perdón sea dicho, lo publicado en *VALENCIA CÓMICA*, he creído que no debía guardar silencio por más tiempo. Mi honor lo exige, lo demanda la justicia, lo pide mi conciencia.

Quería dirigir un remitido á *La Correspondencia de Valencia*, pero D. Paco me ha dicho conocía á V., aconsejándome, por que bien me quiere, el que explique á V. la verídica, fiel, portentosa y nunca vista historia de *La Cuchara misteriosa*, que lo será hasta el mismísimo instante que V. conozca el verdadero significado de tan enigmático objeto, origen de mis desdichas, padre de mis duelos y verdugo de mis alegrías.

No bien Emilia había dicho la última palabra, mejor, nota de dolor, sus ojos transformáronse en dos manantiales (no siempre han de ser fuentes), por donde brotaron verdaderos y copiosos surtidores de líquidas y transparentes perlas, de esas que los poetas, al verlas, hubieran engarzado en las sedosas y largas pestañas de la joven, pero que ella recogió prosaicamente en los pliegues de su pañuelo, donde desapareció la perla y quedó solo la señal del llanto.

Confieso mi debilidad. Ante dolor tan intensísimo y sin duda verdadero, la compasión desalojó á la curiosidad, y acudí presuroso á consolar á la nueva Magdalena, presa de súbito desmayo.

Luis Tramoyeres Blasco.

¡CRÉAME USTED!

Es Paquita muy bonita!
¡Qué tez, qué mano, qué pie,
Qué cuerpo, qué talle, que...!
Es muy bonita Paquita;
Lo dicho, créame usted.

Casi, casi, me pescó;
Pero al fin me demostró
Que el género para el trato
Era bonito y barato,
Pero lo que es bueno... nó.

Y aún diré, si así me agrada,
Que hui porque la taimada
Tiene el interior tan malo
Cual bonita la fachada;
Sino oíd, que os la regalo.

En sociedad, mi señora,
Se presenta encantadora:
Los ojos azules, bellos;
Sedosos, rubios cabellos,
Cuyo trenzado enamora.
La carita sombreada
Por velo ondulante y leve!
Con aquel cuello!... escotada!
La sobrefalda abollada!

Y el piececito muy breve.
Y cuando va á saludar,
Aquél bajar de los ojos!
¡Y aquel modo de besar,
Con aquellos labios rojos
Que á un santo hicieran pecar!

Cuando habla su voz encanta;
Cuando se sienta al piano,

¡Qué agilidad en su mano!
Cuando canta ¡qué garganta!
Cuando baila ¡soberano!

Por esta razón maldita,
Porque siempre está bonita,
No digo yo, San Antonio
Dicho hubiera—«Matrimonio,
Matrimonio con Paquita.»—

Y tal llegó á suceder,
Y casi llegué á caer...
Que de tal mujer delante,
¿Quién, quién no grita al instante
—«Me conviene esta mujer?»

Mas humo las cosas son;
Pues tuve luego ocasión
De conocerla en su casa,
Y allí, al romperse la gasa
Mudó la decoración.

Y en vez de un traje arreglado,
Vi una bata, triste y rota;
Y en vez del alto peinado,
Su cabello enmarañado,
Que corto y áspero brota.

Ni ví de oro hebra sutil,
Ni el labio blanco y sin brillo
Era cual rosa de Abril,
Ni el tosco diente amarillo
Era nécar ni marfil.

Sus ojos? causaban pena,
Y huyó la limpia tersura
De la faz, y su blancura.
¡Si es morena, y muy morena!
¡Lo que puede la pintura!
Y como en casa ensayaba,
¡Cuántos gallos, si cantaba!
Al sentarse ante el teclado,
¡Qué *tu-ru-ru* tan pesado!
¡Y qué gestos cuando hablaba!
¿Coser su mano divina?
Hacer calceta?... Soberbios
Quehaceres; ¡siendo tan fina!
Pues ¿entrar en la cocina?
¡Cá, si eso ataca á los nervios!

Y con esto, y un primito,
Y una suegra, y la cuñada...
Dije: —«Escapo del garlito,
Que si es bella la fachada,
No es su interior tan bonito.
Libre el anzuelo se esté,
No es para mi la pollita:
No me conviene, no á fé,
No me conviene Paquita,
Lo dicho, créame usted.»—

Y me quedo sin casar,
Sin pesarme el ser soltero:
No señor ¡qué ha de pesar!
Cuántos hay que por dinero
Se quisieran descasar!

L. Cebrian Mezquita.



EPÍGRAMAS

Ayer, antes de comer,
Fuí á visitar á Consuelo,
Y la encontré con su primo
Jugando á no sé que juego.
Preguntéles:—¿Qué se hace?
—Estamos pasando el tiempo,
Respondieron.—¿Y Torcuato
Tu casoso? dijo á Consuelo,
Y me contestó:—En la cama.
—¿En la cama? ¿qué, está enfermo?
—Nó tal, tomando la siesta.
—La siesta?—Sí, del borrego.

Regaláronle á Dolores
Un bouquet, cosa muy bella,

Y entre los que iban con ella
Repartió diversas flores.
Dió un clavel á Juan Vallancas,
Tres dalias á Gil Lledó
Y ella solo se quedó
Unas cuantas flores blancas.

Yo no sé á Teresa Lís
Que dolor la sobreviene,
Que todos los años tiene
Que ir á curarse á París.
Dígela:—¿Qué enfermedad
Es esa que V. padece?
Y contestó:—Me parece
Que es sólo debilidad.

INTIMIDAD



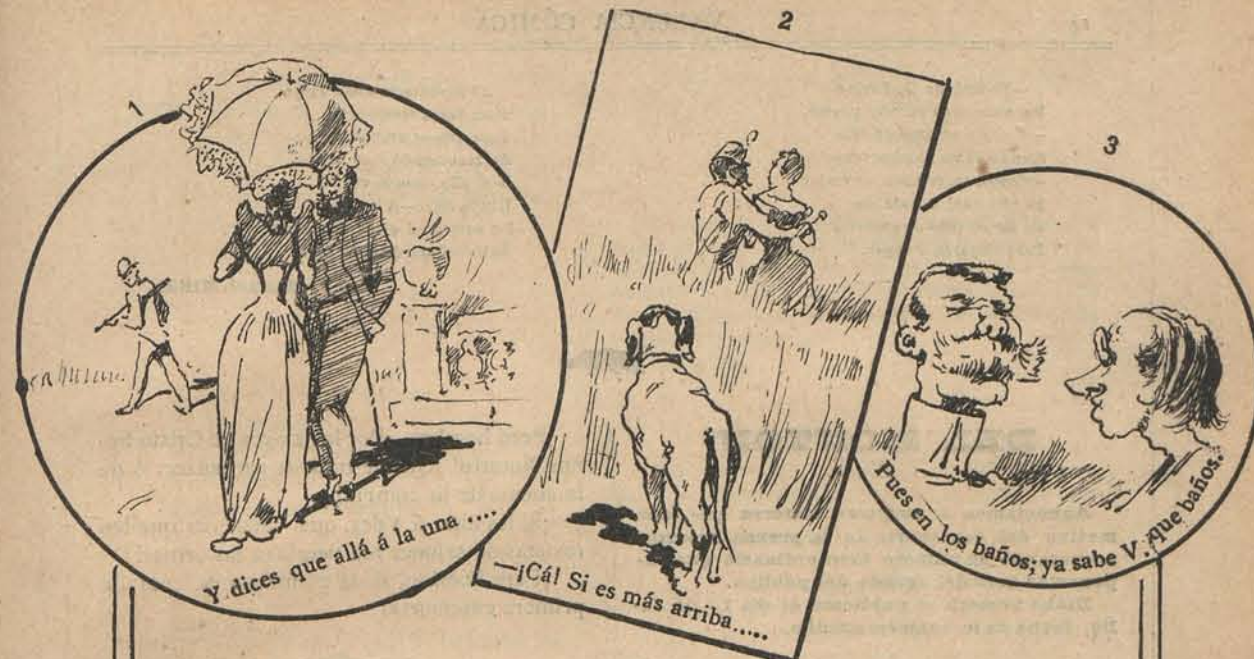
E. PASTOR



—¡Es el vals tan hermoso!
—¡Bien tecléadol...
—Tiente V. muchas teclas
Señor Don Casto.
—Tecla del alma,
¡Si tu madre durmiera
Como Dios manda!



ENSALADA



Y dices que allá á la una

—¡Cál Si es más arriba....

Pues en los baños; ya sabe V. que baños.



E. PASTOR

—Digan lo que he de servir.
—Si tú nos lo puedes dar!..
—Pueden ustedes pedir
Que no me hago de rogar.

—El insigne D. Perico
Ha alcanzado un alto puesto.
—Y cómo se explica esto
Siendo él un hombre tan chico?
—Como, en cambio, su mujer
Es alta cual la palmera,
Le ha servido de escalera
Para llegarlo á coger.

Al ausentarse Juan Trigo
Para larga temporada,
A su esposa embarazada
La recomendó á un amigo.
Y al año cuando volvió
Dijole éste:—A mí ver
Le entrego á usted su mujer
Tal cual usted me la dió.

Manuel Millás.



DEL MONTÓN

Annunciamos á nuestros lectores que, con motivo del centenario de la prensa, estamos preparando un número extraordinario que suponemos será del agrado del público.

Dicho número se publicará el día 1.º de Julio, fecha de la conmemoración.

Dice *La Correspondencia* que al Sr. Sanchis Pertegás lo han hecho *camarero secreto de capa y espada* de S. S. León XIII.

Por más que me devano los sesos, no entiendo eso de los camareros secretos, y además con capa y espada.

Un camarero secreto debe ser algo así como el que desnuda al Papa ó le dá el vaso de noche, si viene á mano; convenido!

¡Pero eso de la capa y la espada!

¡Si se celebrarán corridas *secretas* en el Vaticano!

En cuyo caso las reses ya me figuro quienes serían, pero me da vergüenza decirlo.

¡Y que hay algunos de libras y bragados!

Mas *Correspondencia*.

Describiendo la *garden party* de casa de Ripalda, dijo un gacetillero que el temperamento de una señorita era *meridional*.

No está mal eso.

Hasta ahora habíamos creído que los temperamentos se dividían en sanguíneos, nerviosos, linfáticos y mixtos.

Pero ahora sale ese señor con una nueva clasificación. Meridionales, occidentales, orientales y septentrionales; como si lo vieran Vdes.

Además dice que era imposible describir *al detall* (!!) la fiesta.

Pero hombre. ¡Por los clavos de Cristo Señor Nuestro! ¿Qué se trata de garbanzos, ó de la cuenta de la compra?

¡Si les digo á Vdes. que cada vez que leo revistas de salones me tiemblan las carnes!

¡Pero hombre, si la gramática es cosa de primera enseñanza!

Peret, nuestro corresponsal en Burriana, nos pide la traducción del siguiente suelto que ha leído en un periódico valenciano:

«Alguns chovens de la *engañifa* de esta culta sosietat, traten de donar una *matinee* per la vesprá, á la que anirán els *masers* y asistirán les señores en un *bou-quet* en la má, sent resibides per un conde *ñaulant*, que les farà menchar *menuts* en *buffets* »

Nosotros no lo hemos entendido. Creemos que el asunto debiera pasar á la Academia de la Lengua.

—Pues del ministro obtendrás lo que quieras, porque yo le quiero mucho y le tuteo.

—Bueno; es que yo tengo mejores relaciones.

—¿Sí, eh?

—Ya ves, anoche tomé una tajada que le hablaba á Dios de *tul*....

Nos participa un periódico local que la tan deseada estatua ecuestre del Rey D. Jaime, está ya terminada.

Es decir, aún faltan, según dicho periódico, *el busto y las patas del caballo*.

¡Ahl....

Parece que se trata de crear una plaza de Profesor de paisaje en la Academia de Bellas Artes. Y aunque gentes mal informadas susurran no sé qué, es bien suponer que dicha plaza se proveerá por oposición ó por otro cualquier medio legítimo.

¡Porque, ante todo, la equidad!

¿Quieren Vdes. probar
Una cosa superior
Agradable al paladar?
Pues pidan sin vacilar
La «*cerveza Salvador*»

Hablemos de la Sociedad Valenciana de Tranvías.

¿Querrán Vdes. creer que no *anda bien*, en lo tocante al servicio, se entiende?

Línea del interior: salida cada media hora.

Circunvalación: tiene una ventaja y un inconveniente. El inconveniente de volverse uno viejo esperando que salga el coche. La ventaja de encontrar en el ídem á los empicados, durmiendo á pierna suelta y roncando como benditos.

Y perdonen el modo de señalar.

A los señores suscriptores que no han satisfecho el recibo del pasado trimestre les hacemos presente nuestro agradecimiento.

¡Ah! Y si les falta algún ejemplar para completar la colección, pidanlo directamente á esta Administración y se les mandará, haciendo constar previamente en las columnas de este semanario la fé de bautismo correspondiente á cada uno de dichos señores,

Leemos en un colega que entre los prisioneros indios tomados en el interior del Chaco (Bolivia), hay uno que ostenta en su frente dos cuernos como de cinco centímetros de largo cada uno.

¡A ver si hay quien diga que este indio es soltero!

Tenemos que hacer público en descargo de nuestra conciencia, que el D. Francisco Ramón, á quien anunciamos en el Apartado del pasado número, no es el encarnador del mismo nombre que habita en la plaza de Pertusa, el cual es un honradísimo industrial, que nunca se ha metido con la rima.

Que conste.

Item mas. La contestación correspondiente á M. T. del número anterior, tampoco es para D. Miguel Portolés.

Que conste también.

Libros: *Lujuria*. Novela original de E. García Alemán.—De venta en la acreditada librería de Francisco Aguilar.—Precio, 2'50 ptas.

APARTADO

F. H. y V. J.—Valencia.—No sirven.

P. M.—Valencia. Gracias por sus ofrecimientos. Mande lo que quiera. Ya sabe V. que aceptamos con gusto su colaboración.

P. G.—¡Son tan flojitas!

L. B.—Valencia.—La letra hermosísima, pero la composición..... descompuesta.

A. G.—¿No le parece á V. que Peral estará muy ocupado para perder tiempo leyendo esas cosas?

V. E. R.—Valencia.—¿Creerá V. que eso no vale gran cosa? Mande algo más y veremos.

Pantógrafo.—V. es de los malos.

Amilico.—Malo también como él solo.

R. C. F.—Se aprovechará algo.

Co Lado.—En efecto; se ha *colado* V. de la manera más espantosa.

Briz.—Te damos el pésame por el suspenso.

Monseñor.—¿No ha podido V. observar

MI querido Monseñor

Que eso es ya de lo peor

Que se puede imaginar?

L. G. L.—Madrid.—Se publicarán.

F. C. V.—No se publicarán.

F. J. M.—Madrid.—¿Quiere hacer el favor de escribir?

A. C. I. T.—No sirve ni para freír.

Dispensen los que por falta de espacio no contestamos en este número.

Imp. y Lit. de Emilio Pascual

TERAPEUTICA



—Diga V. ¿En qué casos están indicados los mercuriales?

VALENCIA CÓMICA

SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 Ptas. trimestre

DIRECCION Y ADMINISTRACION

— Gallo, 3, bajo —

Toda la correspondencia al Administrador.

VENTA

SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE
VALENCIA CÓMICA

en la

Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijos

GALERIA LITERARIA

Obispo, 65, Librería.

HABANA

PAPELERIA IMPRESA Y LITOGRAFIA

— DE —

EMILIO PASCUAL

Puerto, 36, y Comedias, 11 y 13

En este acreditado Establecimiento encontrará el público un esmerado, puntual y económico servicio en toda clase de trabajos Tipo-Litográficos, y muy especialmente en los referentes al Comercio, Bancos de crédito y Casas de préstamos; Empresas de Ferrocarriles, Tranvías y de Espectáculos públicos; Sociedades mineras, recreativas, industriales y administrativas, etc., etc.

Dotado este Establecimiento de modernas y potentes máquinas, movidas á motor, de los sistemas más perfeccionados; de numerosas colecciones de tipos, viñetas y principales novedades tipográficas; de personal inteligente y práctico, y de un bien surtido Almacén de papel de las más acreditadas fábricas del país y del extranjero, puede servir al público con la mayor actividad y en condiciones ventajosísimas, todos cuantos trabajos de Imprenta ó Litografía se encarguen.

CORRESPONSAL

encargado de la venta

DE

VALENCIA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIÁN RODRÍGUEZ

Kiosco de la Universidad,
plaza de Santo Domingo.

ESTABLECIMIENTO CROMO-LITOGRAFICO

DE LA

V. DA DE ISMAEL HAASE

Guillem de Castro. 50

(JUNTO Á LAS TORRES DE CUARTE)

Grabados, Oleografías, Autógrafos, Cromos.
Especialidad en países para Abanicos.
Impresiones Editoriales, Artísticas, Religiosas
y Administrativas. Banca, Industria y Comercio.

QUILLEM DE CASTRO, 50

ANUNCIOS

LAS VISTAS DÉBILES Ó CANSADAS
son fortalecidas y conservadas
usando los ANTEJOS de verdadero

Cristal de Roca del Brasil

garantizado por

Juan Lubat
ÓPTICO

24, Calle de Zaragoza, 24

ALMACÉN DE PAPEL

DE

ISIDRO BALARI

GALLO, 3, BAJO
VALENCIA

Surtido completo en papeles del país
de las más renombradas Fábricas.
Ventas al por mayor y menor.

PRECIOS ECONÓMICOS

GRAN CAFÉ EL SIGLO

Plaza de la Reina

— **ESMERADO SERVICIO** —

The, Café Moka y toda clase de helados.
Riquísima Cerveza **SALVATOR**.